

HOTEL MONTREAL

VACACIONES EN BENICÀSSIM



UN PUEBLO
FANTÁSTICO

Il Concorso de
Microrrelatos del
HOTEL MONTREAL



“UN PUEBLO FANTÁSTICO”

**II CONCURSO DE
MICRORRELATOS
HOTEL MONTREAL
2016**

EL GOZO DE ESCRIBIR. EL PLACER DE LEER

Nadie duda de que escribir es gratificante. Tampoco de que cada vez hay más gente que lo hace. En estos últimos años, el género llamado microrrelato o micro ficción ha ido en constante crecimiento. Como muestra, la cantidad de relatos recibidos para el concurso que patrocina el Hotel Montreal. Bastantes más que en la convocatoria del pasado año.

Curiosamente, seguimos con un índice de lectura que no se corresponde con el anterior afán si tenemos en cuenta que lectura y escritura van casi de la mano.

Por esta razón, hay que agradecer iniciativas que inciten no solo a la escritura, también a la lectura. Una iniciativa un tanto atípica por tratarse de un hotel quien la convoca. Necesitamos más particulares y entidades que se involucren, que demuestren una especial sensibilidad por estas artes y que tengan esa rara aspiración de llenar de literatura cualquier espacio habitable. En este caso, las habitaciones de un hotel.

En este II Concurso del Hotel Montreal el tema era “Un pueblo fantástico”. La mención a la fantasía hace que la imaginación se desvele y comience a destilar palabras, sueños pendientes e ilusiones que se transforman en relatos para compartir con los futuros lectores. Surge, pues, de esa imaginación el tema del amor, aquel juvenil que nos transformó la adolescencia durante nuestras correrías estivales; el amor de la madurez, el amor al pueblo que te vi nacer o te acogió. Se acude a la historia para transformarla, según nuestros deseos. Convertimos lo habitual en paradisíaco a través de los recuerdos. Aparece la nostalgia por aquel lugar al que nunca podremos regresar.

De entre los más de trescientos relatos que se presentaron para el II Concurso de Microrrelatos del Hotel Montreal organizado durante el año 2016, se han seleccionado los sesenta mejores para convertirse en un libro de mesilla de noche. Un libro para leer y releer en los momentos de relajación. Unos lo harán en la terraza de la habitación, otros junto a la piscina. Habrá quien prefiera la hora de la siesta o la orilla del Mediterráneo.

Por todo ello, para mí es un orgullo como escritora y lectora formar parte del jurado para escoger lo mejor entre mucho bueno y comprobar que este concurso ha llegado para quedarse, para que sea un atractivo y una cualidad más del hotel Montreal.

Que los disfruten.

Elena Casero
València, marzo de 2017

ACTA DEL FALLO DEL JURADO DEL II CONCURSO DE MICRORRELATOS HOTEL MONTREAL - 2016

En Benicàssim, siendo las 9:00 horas del día 17 de Enero de 2017, se reúne el jurado seleccionador del II Concurso de Microrrelatos Hotel Montreal para fallar los premios de este certamen.

El jurado está formado por los siguientes miembros:

Doña Elena Casero Viana, escritora
Don Raúl Ariza Pallarés, escritor
Don Mariano Vega Álvarez, editor
Doña Lorena Socarrades Marín, representante del Hotel Montreal

Tras un análisis de los 366 microrrelatos recibidos, descartados aquellos que no cumplían las bases de la convocatoria, y tras las preceptivas deliberaciones realizadas en tres fases anteriores, se procede a otorgar los premios establecidos en las bases con el siguiente resultado:

Primer Premio:

"En el petril del puente", autora: D^a Silvia Fernández Díaz.

Segundo Premio:

"Ojos", autor: D. Raúl Clavero Blázquez.

Tercer Premio:

"Holmes en Baralla" autor: D. Luciano Montero Viejo.

Finalizada la reunión, se levanta acta con la conformidad de los presentes, siendo las 11:00 horas del día arriba indicado.

Independientemente del Jurado, el Hotel Montreal concede 2 accésits a:

D^a Ana Isabel Velasco Ortiz. **"Alma en pena"**

D^a Encarni Fernández Martín. **"Violante"**

-RELATO GANADOR-

En el petril del puente

(Silvia Fernández Díaz)

En invierno es peor, eso dicen. En verano, algunos habitantes del pueblo aún se atreven a ir al río. Suelen ser jóvenes que lo hacen a escondidas de sus padres, tan jóvenes como los del autocar que hace años chocó contra el pretil y cayó puente abajo. Llevan sus bañadores escondidos y cuando oyen las voces ahogadas, las risas afónicas, se miran a los ojos, se sujetan las manos y se abrazan nerviosos como niños. Cuando están juntos no puede pasarles nada, eso dicen. Besan a las novias en la boca, retozan en el agua, con la sensación de que alguien les observa desde el fondo del río. A veces una chica grita. He pisado algo raro, dice con repugnancia. Teme que sea una babosa. Un alga, le responden los demás, consolándola fraternalmente.

En invierno, llegan protegidos con anoraks, coraje y gorros. Prenden una hoguera en la orilla. Alrededor de ella, se disponen en círculo. Y cuentan historias de terror hasta que oyen gritos llamando a las madres. Voces que piden socorro. La hoguera crepita en sus cuerpos. Las bocas desencajadas, los ojos enrojecidos, la expresión de la muerte en sus caras. Se tapan los oídos. Pero siguen gritando, gritando cada vez más, más y más fuerte. A pesar del eco, se encuentran a demasiada distancia para que nadie en el pueblo consiga oírlos.

-SEGUNDO PREMIO-

Ojos

(Raúl Clavero Blázquez)

Durante el primer día de primavera cientos de ojos brotaron en los antiguos huertos y en las acequias vacías. Sus miradas, desde entonces, han iluminado nuestras noches con la curiosidad de los niños, llenando el aire de pestañas en cada parpadeo. Al principio nos incomodaba sentirnos observados todo el tiempo, pero muy pronto nos acostumbramos, y ahora tememos que sus pupilas empiecen a velarse en el verano y que en otoño, finalmente, se marchiten. Cuando esto suceda ya nadie nos prestará atención, y los últimos ancianos que aún resistimos en este pueblo volveremos, como antes, a ser invisibles.

-TERCER PREMIO-

Holmes en Baralla

(Luciano Montero Viejo)

Según acreditan los estudiosos del personaje, la pista biográfica de Sherlock Holmes se perdió hacia 1914 en el condado de Sussex, donde se retiró dedicándose a la apicultura. Pero recientes investigaciones conjeturan una etapa posterior en Castroforte del Baralla, un pueblo gallego al que viajó atraído por el enigma de esta brumosa aldea que, según noticias, levitaba con sus habitantes, casas y animales en las noches de luna llena.

Poco se conoce de este periodo, salvo su gusto entusiasta por la empanada de lamprea y su entrega vehemente a los encantos del Albariño, así como sus sesiones de boxeo y esgrima con el párroco de la localidad. Parece que acabó retirándose a algún convento cercano y aquí se pierde nuevamente la pista. Pero los viejos del lugar hablan de un sujeto espigado, con pipa y un gorro característico, que destacaba en la espectral fila cuando se aparecía la Santa Compañía. Vaya usted a saber.

-ACCÉSIT-

Alma en pena

(Ana Isabel Velasco Ortiz)

Veo la torre de la iglesia. Tal vez otros no lo sientan así, pero para mí sigue siendo un lugar especial.

Lo descubrí una clara mañana de septiembre cuando descendí del autobús comarcal e inicié mi actividad como maestro del pueblo.

Primero me cautivaron sus calles estrechas, las casas de piedras irregulares, la plaza con su pequeña fuente central, la paz que ocupaba todos los rincones.

Luego, fueron aquellas gentes tan cercanas, tan llenas de saber y de las que aprendí esas cosas importantes que no aparecen en los libros.

Aquí he sido feliz, Una felicidad de risas de niños en el patio, de paseos, de encuentros en la taberna, de conversaciones mirando el horizonte.

De repente, todo se perdió. *Es un imperativo legal* -dijo el alcalde- *No tenemos más remedio que acatar la ley.* Remató con voz quebrada.

Veo la torre de la iglesia. Es lo único que asoma cuando el nivel de las aguas desciende. El resto está sepultado bajo el pantano. El progreso se ha llevado la vida de un lugar fantástico. Desde esta colina recupero mi pasado y siento que los recuerdos calman este llanto eterno que siempre acompaña a las almas en pena.

-ACCÉSIT-

Violante

(Lucena Fernández)

Ella acostumbraba pasear siempre a la misma hora a orillas de la playa. Recogía todo lo que el mar arrastraba hasta sus pies y lo depositaba en un tarro de cristal con unas preciosas letras inscritas que decían: “Todo lo más bello de mi pueblo”.

Yo la observaba desde alguna de las habitaciones vacías del hotel, y con mis prismáticos, se me antojaba tocar aquella dulce y hermosa figura. Con ella llevo soñando desde que entré a trabajar en este establecimiento.

Los que la conocen dicen de ella que fue una señora importante. Que cambió las costumbres de los lugareños. Y que su esposo, Bernat, la adora.

Dicen también que está enamorada de su entorno por la belleza de sus paisajes y ha comentado a los vecinos que por nada del mundo marcharía a otro lugar sin playa, sin ermita o sin castillo.

Cierro los ojos para imaginarme a su lado viendo los hermosos atardeceres.

Susurrándole al oído mi pasión secreta y su divina belleza.

Cuando se aleja de mi vista espero como un loco el día siguiente y se me antoja demasiado lejano para poder soportarlo.

Hoy quisiera no tener que ver lo que mis anteojos me ofrecen.

Se la llevan con una camisa de fuerzas.

Dicen que su locura llegó cuando su marido le anunció que se irían de esas tierras para siempre.

Rebelde sin causa

(Trini Pestaña Yáñez)

Aunque ubicada en las afueras de Benicàssim, cercana al cementerio, la música y el alboroto de las actividades nocturnas hoteleras, llegaba nítida hasta la casucha medio derruida que la beneficencia del Ayuntamiento nos donó meses después de arribar a aquel fantástico pueblo. Y como era previsible, el más juerguista de mis ahijados, que a pesar de su juventud era un pájaro de mucho cuidado, me rogó que le dejase salir. Conociéndole como le conocía, antes de que el pájaro volara, le hice prometer que no probaría el alcohol y que volvería a casa a la hora acordada. Pero los jóvenes de hoy en día son maleducados e inconscientes y así, las enseñanzas que los mayores nos esmeramos en transmitirles, caen en saco roto, pues casi estaba amaneciendo cuando le vi aterrizar. El chico volvió más pálido que de costumbre y tenía los ojos vidriosos. Por la pestilencia de su aliento, supe que aquella noche tampoco había bebido lo que por su condición estaba obligado a beber. Me preocupaba la rebeldía sin causa de aquel chico que se resistía a asimilar su genética y su procedencia. Dado lo cual, y como la luna llena comenzaba a esconderse tras los cerros, le ordené retirarse. Él se ovilló en su capa, se despidió con un ininteligible: lo siento, señor Conde. Yo alcé el vuelo y, con andares bamboleantes, le vi acceder al cementerio. Tras varios intentos fallidos y algún que otro traspiés, deslizó la losa y se metió en su tumba.

Extramuros

(Carmen Ruiz Ruiz)

Cada noche, después de rezar las Completas, sor Teresa regresaba a su austera celda y se quitaba el hábito. A pesar del cansancio del día, de los madrugones y los largos paseos por el convento, al acostarse, siempre se reservaba unos minutos para evocar los años de infancia en su pueblo natal.

Sor Teresa se acercaba a la pequeña ventana de su celda y la abría unos segundos. El aire se transformaba durante unos instantes en brisa y, su pelo, contenido durante todo el día en la cofia, flotaba libre como cuando correteaba por la arena de la playa, perseguida por un enjambre de hermanos y primos, ociosos y felices; ignorantes, aún, de lo que la vida les iba a deparar, días antes del comienzo de la contienda.

Se veía joven, ágil, eterna... Nadaba durante horas hasta caer exhausta sobre la arena, donde continuaba con sus interminables juegos. Luego, regresaba al barrio caminando, acompañando a sus hermanos, más pequeños que ella, vulnerables e ingenuos.

Por el camino les contaba historias inventadas sobre casas encantadas, edificios tenebrosos a donde iban los niños que no hacían los deberes, monstruos que se escondían tras los árboles del bosque cercano. Otras veces, les relataba historias reales de la gente del pueblo o les revelaba como se construyó la iglesia o cómo se quemó la escuela en la que estudiaban. Instantes fugaces que le permitían salir de la rutina del convento sin abandonar sus muros y fortalecían su sueño antes del rezo de Maitines.

La noche estrellada

(María Reyes Razeto)

Todas las luces se apagan, y sólo se oye el ruido del silencio.

El telón se abre.

Aparece una luz roja, seguida de una violeta. El mismo silencio. De pronto, un ruido de güiro, seguido de unas notas de piano. Al cabo de unos segundos, suena una trompeta.

De un salto, me incorporo y me encuentro en medio de una escena, junto al coro. Doy dos pasos a la izquierda, y dos hacia la derecha. Distingo los ojos centelleantes del público que nos admira. Un remolino de sonrisas y gritos entusiastas surge y nos contagia.

El trompetista comienza su solo. Una mujer se desmaya de la emoción. Dos guardias llegan a buscarla bailando con la camilla, y se marchan con el mismo ritmo.

Reconozco las notas. Trago mi saliva. Dentro de cinco segundos, seré la reina del escenario. Arreglo el micrófono esmeradamente, respiro profundamente y, hechizada por una energía incontrolable, comienzo a cantar.

Una puerta se abre, y dos ojos indignados me preguntan : ¿otra vez despierta a esta hora ?

El telón se cierra de manera improvisada.

Por fin cierro los ojos, sin dejar de oír, a lo lejos, los aplausos encogidos del público, preocupado por no despertarme.

Un Pueblo de coral y sal

(Celia Pifarré Ribó)

El agua del mar cubre cada noche el pueblo donde vivo. Ya hace muchos años que este fenómeno empezó a suceder y desde entonces, los habitantes fueron evolucionando hasta adaptarse a esta circunstancia.

Las casas han acabado decoradas con corales de distintos colores y los habitantes fabrican artesanía con todo aquello que deja la mar, una vez ésta se ha retirado a descansar, junto a la luna.

Hay marineros que temen mi hogar, porque ciertas leyendas cuentan que, prendados de la belleza del paisaje, algunos han terminado ahogados por la visita inesperada del agua durante el ocaso del día.

Pero estos cuentos se equivocan. Por la noche, salimos a nadar y a pescar, pero también nos sentamos en los arrecifes, para cantar antiguas y tradicionales cantilenas de nuestra antigua cultura. Muchos hombres y mujeres, navegantes enamorados de la paz de la noche, quedan prendados de nuestros cánticos.

Pero sus embarcaciones no son suficientemente ágiles para esquivar los salientes rocosos del lugar, obligándoles a saltar de ellas y a nadar, para poder acercarse a las voces angelicales que tanto les atraen.

Quizás sea entonces cuando algunos navegantes hayan perdido su vida, asustados al vislumbrar nuestras brillantes colas con escamas de arcoíris, que cada noche, junto con la mar, cambian nuestra apariencia humana por la de una sirena.

El baile

(Calamanda Nevado Cerro)

Esa misma tarde volviste a pedirme matrimonio, mis padres estaban en el cine. Me besaste largamente en el portal. Los acordes de una canción surgían del corredor. No dejaba de preguntarme si estaba preparada y qué vestido ponerme: corto o de novia clásica.

Te fuiste. Me senté en el butacón a escuchar música buscando estrellas por la ventana con los ojos cerrados. Cuando los abrí quedé patidifusa, sin saber que decir. Los instrumentos de la orquesta salían de la radio interpretando deliciosas baladas. Trompetas, saxos, acordeones y violines flotaban alrededor de los techos, junto a sus notas, las rosas que me regalaste, y yo. Las lámparas encendidas a nuestro paso ofrecían una gran fiesta.

Entre tanto el apartamento se inundaba de muebles modernos, los antiguos los evacuaba un rayo de luna. Los marcos dorados de nuestras fotos de graduación se inclinaron hasta derramarnos suavemente en el suelo.

Comenzamos a danzar y yo a soñar.

-¿Aventurara esto una relación luminosa? Te pregunté desbordada.

Callaste. Necesité sentarme. Casada viviría contigo, lejos de esta ciudad. Es verdad que tu pueblo es fantástico, dije, su paisaje ideal y su clima mejor.

No sé si fue la dificultad de verme allí instalada, mareo, tu silencio, tu forma de bailar, tu colonia, o asomarme a otra realidad, lejos la conocida hasta ahora, que decidí llamarte y no llorar cuando anulé nuestro compromiso.

Aquel sitio era un pueblo fantástico para ti, sin duda, ese era un gran día para mí, y puse de nuevo la radio.

Un pueblo fantástico

(Calamanda Nevado Cerro)

La arrestaron vestida de novia clásica con postizo moreno, entre montones de perchas y maniquíes rotos en los alrededores del lujoso hotel donde hizo el pase. Me avisaron y fui su abogado defensor. Ante el tribunal confesó sin rodeos los cargos de apropiación indebida de traje de alta costura. Parecía terminada su confesión cuando gritó histérica que nunca lo lucirían otras modelos porque lo dejó inservible. Y con el más puro erotismo desabrochó su blusa sin reservas y dijo señalando el sudor de sus senos: -¡Qué calor hace en este fantástico pueblo!-

Me atasqué de momento, el juez se atascó del todo, y el jurado popular se atascó por completo. Adiós a mi pretensión de ganar aquel proceso y rodar el video de mi primer juicio ganado en la increíble plaza principal de mi precioso pueblo. Prometí a mis padres hacerlo si ganaba ese pleito, era la oportunidad de darme a conocer ante mis paisanos.

Aquello significaba fracaso por un cliente irresponsable. Sabía poco de la mecánica de La Sala, no era mi fuerte, murmuré recriminándome la irresponsabilidad de mi clienta. Cómo no le di más orientación jurídica a esta chica.

Entonces escuché unas apasionadas palmadas y tras de ellas -¡Corten!- Y, - qué interpretación querida-. Me giré atónito. Estaba soñando en mi cama, en dos horas defendía ese mismo caso delante de amigos y paisanos.

Vaya cruz de insomnio me había despertado en lo mejor, cuando iba a abotonarle la camisa.

La flor gris

(Lucia Alcázar Lara)

El pueblo estaba a los pies de varias colinas, salpicadas de peñascos. La antigüedad del pueblo lo convertía en un sitio pintoresco.

El tiempo parecía detenido. No se veía a nadie en la plaza ni en las calles, estrechas y empinadas.

Comenzó a lloviznar, y esa fue la señal que me indicó que debía subir al cementerio.

Crucé un viejo y pequeño puente de piedra sobre un riachuelo. El murmullo del agua se arrimaba al lado izquierdo del pueblo: quince casas de piedra con tejados de pizarra, apiñadas y de una planta.

El pueblo semejaba ser de juguete desde el cementerio.

Abrí la cancela, que chirrió, rompiendo el sepulcral silencio.

La lluvia empezó a caer con fuerza. Se formaron riachuelos turbios por los surcos de las filas donde estaban las tumbas. Los truenos y los relámpagos, se sucedían sin descanso.

Conseguí mantener la calma. Aguanté, no sé el tiempo exacto, sin moverme, hasta que las nubes se desunieron y dejaron paso al azul del cielo. La lluvia se fue debilitando hasta que finalizó.

Me levanté por fin y pude ver, en mi lado izquierdo, una flor gris, cuyo tallo se empezaba a colorear como si alguien lo estuviera pintando con un lápiz invisible de color verde. Y así fue cubriéndose toda la flor hasta adquirir sus pétalos un rojo intenso.

Con el pulso alterado, hice varias fotos y después salí de allí corriendo.

Vistas fabulosas

(Lorenzo David Rubio Martínez)

Poco antes de que los domingos fueran amargos, pensó que su mujer estaba volviéndose chiflada. Y es que cuando ella bajaba de tender en la terraza, decía que había visto las cosas más disparatadas: al vecino aparcar el coche en la azotea, a un anciano dar zancadas de gigante de edificio en edificio, a un dragón con pasajeros en su lomo y hasta a una bruja verde robándole las bragas. Cuando él, harto de sus locuras, llamó al psiquiátrico, unos hombres con alas entraron por la ventana y se la llevaron consigo. Desde entonces cada domingo sube a la terraza y la busca entre las nubes.

Un soplo de aire fresco

(Manuela Vicente Fernández)

El recuerdo de un mal amor se había adueñado de mi ánimo y no tuve espacio para otra cosa durante demasiado tiempo. Un día me armé de valor y me dispuse a eliminar todos los restos del naufragio con los que aún tropezaba día tras día por casa. Vacíe armarios, portarretratos, tarjetas de memoria y demás islas que persistían en flotar alrededor de mi universo cotidiano. Ventilé todas las habitaciones y recibí la caricia del aire fresco como una saludable invitación a recibir los nuevos días que me esperaban. Como traída del viento me llegó la propuesta de mi amiga Esperanza, invitándome a pasar un fin de semana con ella en Benicàssim, un pueblo fantástico de Castellón. Tomándolo como un inicio de lo que estaba por venir acepté y reservamos habitación en el hotel *Montreal*. Cuando llegó el día señalado partí ligera de equipaje junto a mi amiga hacia mi próximo destino: un pueblo fantástico en el que encontraría un nuevo amor con el que navegar por mares muy distintos que forman parte de otra historia.

El pueblo Wright

(Miguel Lomas Rodríguez)

El pueblo fantástico más insólito del mundo es el pueblo formado por las casas de Frank Lloyd Wright. Todas están dispersas por Norteamérica, pero, ¿cómo no desear verlas juntas, en un único espacio, formando un pueblo imaginario de una belleza y originalidad insuperables?

Sobre la población estaría la Casa de la Cascada, coronando el conjunto singular de arquitectura orgánica. A continuación, descendiendo por el cauce del río cristalino de las cascadas, llegaríamos a la Casa Robie, con su singular y gigantesca chimenea, que fue el corazón de la última y mejor de las casas de pradera de Wright, ubicada en lujoso barrio de Hyde Park, muy cerca de la Universidad de Chicago. Finalmente, en la base de nuestro pueblo ideal, estaría, posada en la orilla del lago Mahopac, en el condado de Putnam (Nueva York), la Casa Massaro, mimetizada con la roca, como un diamante tallado con toda belleza y perfección, que se incrusta en otro mucho mayor en bruto.

Obviamente, este pueblo no existe, salvo en un sueño que de joven tuvo Wright, en el que vio una ciudad en las estrellas, donde todo era bello y orgánico, y, a la vez, funcional. La ciudad pertenecía a una civilización lejana y perdida y él, en su sueño, tuvo acceso a los planos ocultos de cada casa. Cuando Wright despertó, se puso a plasmarlas, dispersamente, sobre la Tierra, hasta perder toda su unidad y formar el pueblo Wright. El pueblo fantástico venido de las estrellas.

Fuegos de artificio en el Pacífico Sur

(Miguel Lomas Rodríguez)

El programa de fiestas de un maravilloso pueblo del Pacífico Sur incluía fuegos artificiales. Prometían ser excepcionales. Adamstown estaba situado al borde de unos altos acantilados. También contaba con una bajada secreta a una playa blanca y escondida, en la cual las olas turquesas del océano agitaban las caracolas gigantes. Solo la sombra proyectada por la cercana montaña, truncada en su cima, daba alguna oscuridad a aquel pueblo luminoso, enclavado al límite del paraíso.

Ella estaba desnuda dentro de una de las casas blancas, apiñadas armoniosamente y suspendidas sobre los acantilados. Había sido nombrada Reina de los Fuegos del pueblo. Su silueta exuberante se recortaba a la luz de una bombilla, por una ventana cercana. Afuera, los fuegos artificiales estallaban con mil colores y grandes estruendos. Dentro, la mujer comienza un complejo ritual erótico.

La montaña parece desgarrarse, los fuegos son casi tan bellos como su cuerpo de mujer. Cuando están culminando, ella estalla en un orgasmo incontenible y rompe un jarrón caro de porcelana. Los cohetes se acaban y reina un silencio inquietante en el pueblo, solo quebrado por el gemido de la montaña. El volcán lleva un rato en erupción, oculta tras el ruido y el colorido de los fuegos. Una lluvia de ceniza ardiente cubre a la mujer, inmortalizándola con la forma de una impresionante estatua. Mientras se me nubla la vista, veo que la lava deglute y sepulta lentamente aquel pueblo fantástico del Pacífico Sur. Ya es demasiado tarde y la belleza me ata eternamente aquí.

El pueblo del abuelo

(Eva Ginis)

A simple vista -nos dijo el abuelo-, el lugar tan solo llama la atención por su belleza. Aguas cristalinas, arena blanca y fina, buena temperatura todo el año, abundante bosque fértil y naturaleza, gente que sonríe con los ojos en cada cruce de miradas. Ensimismados, pero felices.

El secreto, la particularidad de este pueblo reside en su noche. En Luna creciente, cuando el mar no habla con estruendosos rugidos, sino que canta a media voz, la tierra del pueblo del que les hablo se horizontaliza, aplastándose de tal manera que el calor residual sale al exterior, con vibrante bruma. Los individuos sonrientes de los que antes les hablaba salen a las calles, los balcones, las terrazas, pero ahora comienzan a perder gravedad, y los pies se les elevan varios palmos del suelo. Cada uno con una intensidad distinta, con cuerpos y alturas dispares, van situándose en el aire brumoso que ya se ha peinado en líneas longitudinales, alargando sus extremidades, engrosando sus cuerpos, para adecuarse al asiento de aire que más les apetece.

El pentagrama está trazado, y las notas se cuelgan en él formando la mayor obra de ingeniería y arte que puede crear la humanidad. Sólo falta aguardar a que la Luna, majestuosa clave de Fa, tenga la deferencia de bajar a poner sentido a todo aquello.

Cambio de agujas

(Silvia Fernández Díaz)

Tras la sobremesa, las mujeres se reúnen en el apeadero. Sentadas en bancales de piedra, rebuscan en sus respectivas bolsas los instrumentos del ganchillo. Se entretienen tricotando patucos, bufandas, o jerséis de cuello alto con punto prieto. Las agujas de la más anciana, cuando entrechocan, marcan un segundo. Es la única que tricota con agujas de lana.

Cuentan solas los puntos. Apenas conversan. Solo breves alusiones a la ventisca, al calor insoportable o al aguacero. Cuando oyen silbidos del tren detienen las agujas y, salvo la vieja, se quedan mirando las vías. El tren sigue su trayecto. De vez en cuando alguna se queja. Quiere aprender a tejer con la aguja de lana.

—Ya tendréis tiempo —responde la vieja, sin alzar los ojos de su manta.

Si a alguna se le escapa un punto, ayuda a la mujer desconsolada a recuperarlo. Las demás, sin el golpeteo de las rítmicas agujas, sienten que se disipa el tiempo. Aprietan expectantes sus ovillos y suspiran aliviadas cuando la anciana retoma la tarea pendiente.

Solo abandona su asiento para ayudar a una joven embarazada. Enrolla el hilo en su artrítico dedo en el instante en que un tren silencioso, saliendo del túnel, reduce la marcha. Se detiene. Las mujeres, incrédulas, se levantan. Caen al suelo las agujas, ruedan a las vías los ovillos y, dispuestas en fila, la vieja reparte, a cada una, dos agujas largas de punto. Ascienden al tren. La anciana las despide sonriente, moviendo su mano centenaria, desde el andén. Anochece.

Retorno

(Silvia Fernández Díaz)

Una tibia sábana carmesí recubrió el cielo. Tres días después que el último habitante del pueblo emitiera un estertor irreversible y las campanas, con sus tañidos, rasgasen las nubes. Cuando el réquiem cesó, la luna, sobre el tejado de la escuela abandonada, tiñó las tejas recién restauradas de adobe, igual que una lámina de purpurina. Al día siguiente, se desprendió el orín del grifo averiado del abrevadero, manó un chorro de agua pura, y regresaron a sus nidos los vencejos. En el erial, recién cubierto de espigas y girasoles, las amapolas tardaron un día en aprender a contemplarse como en deslumbrantes espejos. Y al atardecer el sol se transformó en una enorme bola de fuego y, envuelto en las llamas de una nube sangrienta, surgieron los pasos sigilosos del primer emigrante que, muchos años atrás, abandonó el pueblo.

Alaridos sordos

(Ainhoa Bárcena Escartí)

La noche lentamente lo fue dominando todo, una turbadora oscuridad era la total protagonista. En mitad de la nada los faros del coche eran la única claridad, la realidad se limitaba a la negrura y el alcance de los faros. Un chasquido, un ruido, humo y un rugido. Parados en alguna carretera perdida vislumbran unas casas que parecen más abandonadas que otra cosa. Las dudas lo dominan todo, y el silencio que se mantenía pese a las voces de los jóvenes perdidos en mitad de la nada en plena noche. Un chasquido, un ruido y un rugido esta vez nunca escuchado por nadie convirtió el silencio en alaridos.

En un pueblo

(Anna Oliveras Paré)

En un pueblo donde el panadero es Superman, el cartero tiene un aire a Oliver Twist y el maestro de educación física baila igual que Billy Elliot. En un pueblo donde la cocinera aliña los platos con polvo de hada, el recepcionista viene de Nunca Jamás y la zapatera siempre busca un zapato de cristal. En un pueblo así quiere vivir Eloísa, que cierra los ojos antes que el libro y se duerme viendo por la ventana el destello de luz de una estrellita de mar.

Viendo elefantes

(José Ignacio Guerrero Vara)

En mi familia vemos elefantes. Es una habilidad heredada, desde que mi bisabuelo encontró uno en la orilla del mar. Eran los años veinte. Debía de haber saltado de un barco en el que viajaba el circo italiano, de regreso después de la gira peninsular. Siempre fuimos capaces de vivir en la imaginación. Vemos, enredados en la misma pasión, los cinco besos de arena que se dan tierra y mar. Podemos percibir los hilos pasados y presentes. Los Banu Cassim, con el Cid y don Jaime I se sientan juntos ante la paellera.

En mi familia mezclamos fantasía y realidad. Los primeros bañistas con traje rayado chapotean con las modas actuales, las villas del lujo decimonónico y las redes de pescadores comparten espacio en nuestros ojos. Infierno, limbo y corte celestial están indisolublemente unidos. En un instante simultáneo los jóvenes bailan el desenfreno febril del festival, suena la guitarra clásica, la habanera criolla nos transporta a otras aguas, el blues cura con su tristeza y el reagge con su alegría. En mi familia vemos la vida y la vida se mezcla. Eso nos dijeron siempre. Y no nos importa compartir este don con cada visitante, no me importa compartirlo contigo y que también tú veas elefantes. No me siento menos especial al descubrir que mi mirada no es única, y que cuantos llegan a Benicàssim sienten la mirada del fantástico pueblo que la habita. Porque, en realidad, todos aquí, y no solo mi familia, podemos ver los elefantes.

Arena, viento y soledad

(José Agustín Blanco Redondo)

“Llamo a la vida y huyo avergonzado”

Vicente Huidobro

Las sierras se arriman desde el norte, pero al naciente, un mar embravecido confunde las crestas agrestes de sus olas con las de un cielo tintado de estaño y de carbón. Hoy no lucirá el sol, ni las playas se tatuarán con el color de las sombrillas. Es el momento del frío atemperado por la costa, el turno de ese viento racheado que golpea los espigones, que merodea por entre las villas del paseo marítimo, que se entierra bajo una arena atalayada por las gaviotas. Termina el mes de noviembre y el pueblo parece dormido, sumido en ese letargo plácido del que espera, seguro, confiado, primaveras aún lejanas, estíos desbordados de sonrisas, amigos y demasiado tiempo libre. El invierno acecha y es cuando mejor me siento, cuando encuentro el sentido exacto a mi solitario deambular. Soy el niño que nació aquí, el muchacho que en este pueblo halló su primer amor, el hombre joven que se curtió en los adentros de este mar ahora embravecido, el anciano que pereció bajo la luminosidad de sus aguas. Y aún hoy, más de setenta años después de mi muerte, camino bajo un cielo de estaño y de carbón, camino y sonrío porque todavía estoy aquí, en mi casa, en este fantástico pueblo al que se arriman las sierras del norte mientras, al naciente, un viento racheado golpea los espigones y se entierra bajo una arena atalayada por las gaviotas.

Verano

(Soraya Hernández Moscoso)

Gran tazón de leche. Me acaricia y me dice que el día me espera. Salgo corriendo y cojo la destartada bici. Me duelen las rodillas de la caída de ayer pero pedaleo con ganas. Las vecinas me saludan y cuchichean. El cielo despejado enmarca la silueta de las casas viejas del pueblo. Subidas y bajadas interminables. Paso por la carretera, dejo las tierras rojas y áridas a la espalda y llego a la huerta. Intuyo al abuelo a lo lejos. Deja sus aperos en el suelo y me saluda con grandes aspavientos. Trago de vino del botijo. “No se lo digas a tu madre”. Me cuenta historias de otros tiempos. Empieza a hacer calor. Repique de campanas de la ermita de San Roque. Gachas y carne. La siesta es obligatoria. Jugamos a fútbol en el patio de la escuela que antaño fue la de las niñas. Pan con chocolate. Hay encierro en la calle mayor y los mozos están contentos. Ahí está Elena, guapísima y coqueta. No me atrevo a decirle nada, quizá esta noche en el baile. Me miro en el espejo y no sé cómo peinarme. La abuela me arregla el pelo risueña. Cucurucho de buñuelos de calabaza. La plaza está repleta y la orquesta toca un pasodoble. Los hombres fuman y comparten confidencias, las mujeres comparten alajú. Es dulce, muy dulce. Tanto como recuerdo aquel verano...

Un habitante más

(Irene Berrocal García)

Cierro los ojos y con mi olfato distingo en que punto de mi territorio me encuentro. El olor terroso de las peñas, la menta que recorre de extremo a extremo el riachuelo, las moras en el suelo que cubren como un manto la ladera, los matices que desprende las ovejas de los carneros, el hierro de la fuente del centro de la plaza, el pan recién hecho de las madrugadas, la higuera que me reconforta con su sombra en los veranos. Mi cuerpo es tan sensible al lugar, que con las diferentes brisas puedo discernir si lloverá torrencialmente o si me dará tiempo a guarecerme. Puedo detallar exactamente las zancadas que existen entre los lindes antes de cruzar al país siguiente. Todos los aldeanos me conocen, saben mis costumbres, me preparan mis comidas favoritas, intentan que pase las noches en sus casas para guarecerme y cuidar de mí, porque saben que durante el tiempo que este en sus hogares, nadie se atreverá a molestarles. Y yo, como buen zalamero, no me puedo resistir a mis cuarenta habitantes y a dejarme mimar como el único perro pastor de color canela.

Pueblo azul

(Juan Pedro Fernández Romero)

En la mañana, el azul aquí lo dice todo y no calla nada. Este pueblo es azul. De azul profundo, como un cielo intenso de verano. Desde arriba se confunde con el mar. Y sabes que hay mar porque vuelan las gaviotas. Sólo cuando llegas al alto del Pinar distingues sus tejados ocres pintados de verde musgo, si no, sólo su torre campanario se alza avisando que el pueblo existe. Si entras y recorres sus empedradas calles verás sus gastados adoquines y sus casas blasonadas y sus viejos soportales. Y esa plaza ensanchada, con árboles nuevos que resisten el sol del verano.

Más allá, a lo alto, por donde se pone el sol, le protege la montaña, rematada por peñas con vetas rojas, como si fuera sangre de la misma tierra.

Y si te atreves a verlo amanecer serás testigo de un mágico y cromático despertar, porque la luz del pueblo refleja el Sol rebotado en las ondas del mar reverberando quiméricas figuras de raros colores en sus propias fachadas y confundes realidad y fantasía.

Pero si acudes, a la puesta de sol y también de noche, al paseo más próximo a la playa, verás un milagro: hay luces, gente, mucha gente, mesas en la calle, música en el aire... Y te detienes a pensar porque te enamora este pueblo, la gente de la noche, la sangre de la tierra, el mágico amanecer o... quizá este azul de la mañana, que aquí lo dice todo y no calla nada.

Va a efectuar su salida

(Álvaro Sánchez León)

Tú. Yo. Un mundo. Crecimos. Nos quisimos. Nos separamos. Nos olvidamos. Nos buscamos sin éxito. Nos perdimos de vista, de pensamiento, de corazón.

La vida da muchas vueltas.

Tú, 15 A. Yo, 15 B. Sorpresa. Ahora, mientras sale el tren, tenemos tiempo para volver a enamorarnos para siempre.

Bocanadas

(Ángel Moreno Cañizares)

Se dejaba caer en el mismo banco, como si todo el peso fuera a reposar allí para siempre. No había nadie más, nunca, en esa plaza mayor rodeada de soportales de color sepia. ¿O tal vez fuera en blanco y negro?

De vez en cuando se inclinaba hacia delante, en un gesto repetido, y miraba insistentemente al suelo. Luego retrocedía, depositaba las manos en los bolsillos del chaleco y removía los dedos haciendo chascar el aire. Sus ojos, entreabiertos, apenas dejaban una rendija en la que pudiera adentrarse luz por ellos.

Cuando el sol espejeaba las piedras centenarias del consistorio, sacaba al fin las manos de los bolsillos, liaba con especial esmero una papelina de tabaco y simulaba volutas de humo inexistentes. Llenaba sus pulmones, sostenía el aliento durante unos segundos y expulsaba gozoso una cadena de bocanadas que acompañaba con la cabeza alta en su trayectoria hacia el cielo.

Así transcurría la mañana, entre efímeros dibujos. Hasta que el repiqueteo de las tripas le indicaba la hora de partir. Y el pueblo desaparecía hasta el día siguiente.

Fenómeno

(Ángel Moreno Cañizares)

Primero se llevó las cortinas, dejando al descubierto el interior de aquellas casas. Luego vació los dormitorios de sábanas, mantas, cojines y almohadones. Ni las camas respetó. Después arrampló con los armarios y las prendas de vestir. Nada quedó en las estancias destinadas a la intimidad o el sueño de sus moradores. Se llevó la cubertería de las cocinas, las tazas, los vasos, las copas, los platos, las ensaladeras...

Cuando reparó en los muebles, cargó con ellos sin miramientos. Aparadores, estanterías, mesas, lámparas, sillas, sofás, incluso libros y cuadros, dejando desnudas todas las paredes. Se llevó los electrodomésticos, uno a uno, salvo el televisor de don Andrés, quizá por creerlo demasiado antiguo. Se llevó todo, hasta los cables de la luz y los quicios de las puertas.

Advertidos del desmantelamiento general, se convocó una reunión de urgencia a la que acudieron todos los habitantes del lugar. A la intemperie, el alcalde tomó la palabra para hacer un recuento de los daños que satisfizo a la mayoría. Después de un encendido debate acerca de la procedencia o no de votar, se tomó una decisión que causó alborozo: nombrar hijo predilecto a aquel fenómeno de la naturaleza.

Desde entonces, sus gentes viven en un pueblo fantástico.

Querido pueblo

(Loreto Manzanera Poveda)

Llévame. No quiero quedarme donde los noviembreres no paran de ser noviembreres. Donde cada día de la semana se repite durante la siguiente semana. Y la siguiente. Y la siguiente. Y yo ya no puedo más. Quiero un noviembre que sea mayo. Un junio que sea diciembre. O vivir un tiempo, donde se pare el tiempo.

Llévame contigo. Que tu permanecerás en el tiempo y yo, yo quiero estar de paso.

Un pueblo de cuento

(Gloria de la Soledad López Perea)

El coche frenó al aproximarse a la última curva, pero mi corazón se aceleró y mis ojos se humedecieron por la presencia de unas tímidas lágrimas que querían hacer acto de presencia. Por fin, allí estaba, el pueblo de mi niñez, donde la estirpe de nuestra familia corría como venas por las callejuelas de adoquines oscuros. Cerré los ojos y como viejas fotografías en blanco negro, reviví los maravillosos momentos que disfruté aquel verano del 80. El frenazo me devolvió a la realidad y la plaza, el abanderado ayuntamiento y la iglesia, con su campanario a medio reconstruir, nos dieron la bienvenida. Abrí la puerta despacio... Al pisar las losas abruptas y desgastadas por el inexorable paso del tiempo respiré hondo y mis pulmones se llenaron de un aire cargado de aromas familiares.

Mi pueblo encantado, donde el castillo de la loma grande había sido el hogar de mis sueños de princesa... Ahora con el sol de fondo, en el atardecer de nuestra llegada, se tornaba mágico, imponente, desafiante ante los dragones, que en forma de cigüeñas, volaban sobre sus almenas.

Patitos de goma

(Jesús Francés Dueñas)

En los límites de la frontera desdibujada hay niños que corren por el filo de acantilados gigantes. Ajenos al peligro y creyendo firmemente en su inmortalidad, se les pierde de vista por el infinito paseo marítimo. Como los tranvías ya no llegan hasta aquí, casi nadie viene a deambular entre los pecios que conforman el museo al aire libre. Un faro atávico del tiempo del semidiós fundador y una caracola oxidada -hecha de fuselaje de un petrolero descarriado- para invocar al kraken, completan el panorama mitológico en este borde del fin de la tierra.

Los habitantes de este pueblo errático se dedican en su mayor parte a la recolección sistemática y ordenada de restos de naufragios. Por eso su riqueza es tan variopinta y enigmática. Contenedores repletos de silbatos, grandes almacenes de armaduras musgosas o tiendas especializadas en acordeones son su desquiciada oferta.

Sin olvidar el desfile anual de maniquíes negros, extraviados directamente desde África.

Su vecina más insigne es Penélope, una oceanógrafa reconocida en todo el mundo por sus estudios de las corrientes marinas gracias al comportamiento de los patitos de goma vertidos en un naufragio como de dibujos animados. Se dedica a la investigación del giro oceánico en el Pacífico Norte. Así descubrió que un objeto tarda tres años en completar el ciclo. Pero ella lleva más de treinta esperando a alguien. El pueblo ya está armando la leyenda de que Penélope es una sirena peregrina.

También se dice que la caracola no siempre estuvo tan oxidada.

Un pueblo fantástico

(Fernando Escudero Oliver)

Diremos que no es necesaria la imaginación para honrar este título: por mi edad yo he conocido a un pueblo laborioso, sacrificado, que asombró al mundo acostándose en una dictadura y levantándose en un gran sueño democrático, que suturó las cicatrices de una guerra civil abyecta con abrazos pintados en las telas grises de cuadros emblemáticos, que descubrió, con sorpresa, cómo soltar esa rosa encendida de la libertad que llevamos escondida bajo la lengua, y que no pasaba nada... Y levantamos la cabeza mirando más allá de los Pirineos para vernos reflejados, y no tan distintos, junto a esos que pintábamos con pan de oro, como dioses altivos... Pero seguimos juntos, sentados a la mesa del mus, o frente a los futbolines de taberna, compartiendo los momentos dulces y amargos hasta desunirnos en estúpidas disputas por las franjas de una bandera, o por sentimientos atávicos, difíciles de olvidar...

Así somos, así hemos sido, así seremos: Machado intuyó a Caín en una gélida laguna soriana; Miguel Hernández desentierra cebollas para una nana macabra mientras Buero Vallejo pergeña un retrato carcelario. No me desentierren a Lorca, por favor, para darle de nuevo tierra, aunque sea gitana... ¡Vade retro, Fantasía! Para imaginar un pueblo fantástico solo tengo que asomarme a la terraza y ver a los míos, a los nuestros, laborando sin pausa, sintiendo el olor acre del geranio florido, contemplando los limones tristes llenándose de sol, y todas las voces, al final solo una voz, cantando su desgarró...

Imagine...

(Fernando Escudero Oliver)

Había llegado hacía muchos años, atraído por el clima, la luz, el mar y una chica que voló pronto, pero él se quedó. Primero se dedicó a las pulseras y los collares, luego comenzó con las acuarelas que se vendían muy bien porque sus colores estaban imprimados de salitre, y atravesados de sol y largos atardeceres sobre el sábulo primigenio de la playa. Nunca aprendió el idioma, aunque tampoco le hacía falta: su mirada, feliz, recordaba la liberación tras tristes tardes de encierros en oficinas excesivamente calefactadas, donde siempre era de noche y los dedos juguetones de la lluvia repicaban continuamente sobre los cristales.

Algunos decían que era arquitecto, otros que pintor de brocha gorda, o músico sin suerte porque solía recibir el ocaso acariciando su guitarra o soplando malamente una gaita traída de Dios sabe dónde. Siempre tocaba la misma canción, el “Imagine” de John Lennon, y logró, con tanta repetición, que todo el pueblo se la aprendiese y no era raro oírla silbar en las obras, en el puerto, en el cuartelillo o en el ambulatorio. Cuando logró juntar cuatro palabras nos la tradujo, y entonces, todos juntos, en un extraño efecto, comenzamos a soñar que no existían ni fronteras, ni países, ni extranjeros, ni pasaportes, ni turistas, ni intereses, solo compañeros del alma, compañeros, amigos nuevos por conocer frente a aquel mar, nuestra playa, con otra melodía nueva en la guitarra envueltos en la luz hasta el final, hasta la paz de la oscuridad definitiva...

Nómada

(Sergi Escartí Esparza)

Hoy me marché hacia ninguna parte, dispuesto a pasar el día en la carretera. Necesitaba tiempo para mí mismo.

Así fue, hasta que el hambre me obligó a parar en un pueblo anónimo.

Encontré lo que no buscaba. Entre retorcidas calles empedradas nos vi, allende nuestra cotidiana realidad. Anduve amparado por hogares de madera, que respiraban los susurros del viento. Abrazados por trepadoras que los unían a su tierra. Engalanados con geranios y campanillas colgantes.

Un arco de piedra en mitad de la calle me llevó a un umbral de irrealidad más profundo.

Repartidas por la calle había coronas de flores y grupos de gente que bailaban con una sencillez armoniosa. Los seguí hasta un restaurante, repleto de tesoros de caza y antiguas herramientas de campo. Alguien hablaba del estado de la campiña, otro contaba una anécdota de la última nevada y se susurraban cosas de la gente del pueblo... Todos conocían su papel en el mecanismo.

No comí. Temía desbaratar aquel ritmo ensayado. Mientras salía del pueblo, numerosos carteles me guiaban, conscientes de mi estupor. Ni siquiera miré el nombre de aquel paraíso. Solo nos vi a nosotros.

En las noches de invierno, ateridos por un frío seco. Decidías pegarte a mí mientras mirábamos por la ventana cómo la nieve disfrazaba el paisaje de nubes. Me decías “Mira, estamos en el cielo” y reíamos juntos.

Si vuelvo algún día, será contigo. Hasta entonces necesito apartarlo en un rincón de mi mente, para recordarlo cuando el camino sea cruel.

Abracadabra

(Raúl Clavero Blázquez)

-Disculpa – me dijo mi abogado señalándome -, ¿es eso una remolacha? Me miré en el espejo del ascensor y, en efecto, allí estaba, en el centro de mi cabeza. No le hice caso. Pensé que la falta de riego la haría desaparecer, pero no fue así. Con el paso de los días empeoró, siguió creciendo, multiplicándose por dos, por cinco, por cien, invadiendo mi rostro de un campo violáceo.

Durante el juicio, de mis manos surgieron pinares, en mi espalda brotó un río y en mi pecho un campanario. Unas semanas después de la sentencia, atraídos por la belleza natural de mi paisaje, se instalaron en mi estómago mis primeros habitantes. Y hace un par de meses mi alcalde presentó una instancia ante el gobierno, solicitando para mí la categoría de pueblo de interés turístico nacional.

Ya es tarde, pero ahora lo sé: nunca debería haber denunciado a aquel hechicero por estafa.

Zumbido

(Raúl Clavero Blázquez)

Mi abuelo fue apicultor en su juventud, cuando aún no había cambiado de continente y de vida últimamente no deja de recordar aquellos años. Nos cuenta una y otra vez cómo conoció a la abuela, o nos enseña fotografías de sus antiguos panales, o planea viajes imposibles a su pueblo, el mejor pueblo del mundo, repite siempre. Y quizá sea por eso, para aliviar su nostalgia, por lo que cada noche duerme con la radio encendida, sintonizada en alguna zona de interferencias entre emisoras, allí donde las voces se confunden y se convierten en ese ruido susurrante, tan similar al zumbido de las abejas.

Un lugar que no se parece a ningún otro

(M^a Teresa Sandoval Parrado)

Dicen que aquel lugar no se parece a ningún otro. Lo envuelve una atmósfera singular que hace de él un pueblo fantástico, y es que allí, el viento arrastra miles de suspiros envueltos en burbujas de todos los tamaños, como si se tratase de delicadas pompas de jabón. A ras del suelo, igual que hojas de otoño, se deslizan los más pesados, suspiros tan hondos que son incapaces de controlar su gravedad; sobre los aleros de las casas se acumulan los más viejos, agotados de vagar sin encontrar porvenir. Y danzando en el aire, los demás, los más recientes, los que conservan aún la esperanza de desvanecerse pronto.

Los habitantes del lugar han aprendido a caminar con precaución, y cuando alguna burbuja choca contra ellos, saben que lo mejor para salir inmune es permanecer completamente quieto hasta que la tristeza se asiente sobre la tierra como polvo de estrellas. Únicamente los forasteros que acuden maravillados por el portento, osan llevarse como recuerdo alguna flamante burbuja, sin saber que puede estallarles en las manos una pena de amor, un mal recuerdo o la congoja de una soledad.

También cuentan que los nativos extremadamente sensibles, si cierran los ojos y se concentran, son capaces de escuchar el suspiro recién exhalado de un alma melancólica en algún lugar lejano. Presagian entonces que en alguno de los árboles del pueblo, como por arte de magia, surgirá un nuevo brote que esperará orondo y excesivo a que el viento lo libere.

El elemento común

(Francisco Javier Sánchez)

Los tres Premios Nobel nacieron en pueblos diferentes, pero acudieron al único que entonces tenía colegio, en el norte de Cuenca. El periodista que lo descubrió supo también que, a pesar de ir en distintos años, tuvieron un mismo profesor: un agricultor que por una lesión de espalda dejó el tractor por la pizarra. El periodista recorrió el pueblo una tarde de Noviembre. No quedaba ninguna puerta a la que llamar para preguntar, solo casas vacías. Supuso que el edificio que encontró en las afueras sería la escuela por algunas tablas de madera que destacaban entre los cascotes del suelo. Se entretuvo en montar una con los materiales que encontró, observado de lejos por un gato blanco. Después trató de imaginar, pero era imposible con un silencio que lo fijaba al presente. No importa, se dijo. Se sacó un plano impreso del bolsillo y empezó a subir por el camino que iba al cementerio, rodeado por unos cuantos cipreses. Tenía que darse prisa porque empezaba a oscurecer. Empujó la verja y fue caminando entre las lápidas, la mayoría vencidas, rodeadas de plantas. Se sabía el nombre de ese profesor de memoria. Solo había visto una fotografía suya, en un periódico de la época por lograr por tercer año que su terreno fuera el más productivo. No dio con la lápida. Cuando se iba a marchar vio al gato blanco caminar y detenerse junto a una, sin nombre. Como diciendo: escribe ese artículo.

Un pueblo náufrago

(Julia San Miguel Martos)

El pueblo donde vivo, oscuro y silencioso bajo las aguas, se me figura como una manada de diplodocus, tan viejas son las casas, con las tejas rotas, y el hambre que se transfigura en sus bocas desdentadas, sin puertas ni ventanas las paredes. Dicen que en él habitan fantasmas, y que en las noches de luna llena, para alejar a los curiosos, los espectros salen y se pasean por las calles abandonadas y cenagosas con luciérnagas en las manos. También dicen que se oyen voces, gritos y risas, y que los perros aúllan con las campanadas de la iglesia. Por donde ahora deambulan los peces, antes jugábamos los niños, y las mujeres extendían sus sábanas blancas recién almidonadas junto a la explanada del lavadero. Hasta el último recodo llega por la fuerza de la evocación el borbotear de la fuente en la plaza y el relincho de las mulas por el empedrado de las calles de camino a la trilla. Ya son muchas lluvias, y el pueblo cada vez se va quedando más solo en el anonimato sin vida de los que irrumpen para salvarse. Cuando los oigo, siento miedo. Y me arrebujó en las sombras, a la espera de que abran las compuertas de la presa, y el agua, en una cascada impetuosamente llena de espuma, vuelva a descubrir la tierra árida de nuestro abandono. Entonces, sí, me atrevo y salgo, ansiando volver a ver por un instante el arcoíris que corona el horizonte cuando deja de llover.

Placer estético

(Adam Astacio)

A él le gustaba la moda. Todo lo que fuera accesorios y ropa de temporada. La gente del pueblo lo miraba a diario y esperaba para ver cómo iba a vestir ese día. Lo único que él no le gustaba era que no podía moverse y salir de esa vitrina.

Mi última vela

(Óscar López Rico)

El sol empezaba a emerger del fondo del mar. Lento y perezoso, tiñendo el agua de destellos rojizos y anaranjados, cruzó la línea del horizonte por donde nace el cielo. Desearía poder revivir esa imagen, pero sé que la belleza del instante radica precisamente en lo que de efímero tiene el amanecer, tan efímero y cambiante como las olas que descompasadas se van acercando a la orilla bañando la arena con su espuma plateada.

Los rayos de tu cabello dorado iluminando el aguamarina de tus ojos, tu piel tostada con tonalidades cercanas a las de una rojiza puesta de sol y el oleaje de tus curvas, completaban el paisaje de aquella playa en la que nos conocimos.

Ahora, la montaña morada, con su sábana de pinos, empieza a arropar a un sol agotado, sin fuerzas ya para seguir dando calor. Mientras, el ocaso huele a nostalgia, a melancolía por un tiempo que agoniza, y a duda, esperanza incierta por el futuro que llegará mañana.

Los ríos de lava que corren por tus mejillas queman las vidas que perdimos en el fondo de un viejo cajón. A la espera de que el dolor de la distancia nos cure las heridas, sé que todas nuestras lágrimas desembocarán en el verde de tus ojos.

Aquí, en la misma playa donde nos conocimos, en el mástil de nuestra deriva he izado el pañuelo de la despedida y he dicho adiós mientras el viento juega con mi última vela como si fuera su primera cometa.

Volver

(M^a Teresa Sandoval Parrado)

Cuando el escritor volvió después de muchos años de exilio, no reconoció su lugar de origen. Su pueblo, tan llano, tan concreto, se había convertido en otro espacio sin contornos definidos, en un pueblo fantástico. Era como si las secuelas del tiempo hubieran pasado inadvertidas para sus vecinos; además todos, al igual que el paisaje, parecían haber adquirido una ingravidez extraordinaria, siendo ahora volátiles, etéreos como ilusiones. Él mismo se sentía también así, aliviado del lastre de su cuerpo y de su corazón.

Se alegró mucho de poder estrechar de nuevo a sus hermanos, a sus amigos, y dudó realmente de su propia cordura cuando en las calles y hasta en su propia casa, comenzaron a aparecer personajes nacidos de su pluma, aunque lejos de importarle le entusiasmó. Tantas veces había soñado con poder contaminar la realidad con su imaginación que poco importaba cómo se hubiese producido el milagro.

Tan sólo una cosa enturbiaba su paz, y era que de vez en cuando el viento parecía arrastrar voces que lo llamaban insistentemente desde un lugar lejano, y entre ellas creía reconocer la de su hija. Entonces sentía una punzada de remordimiento al imaginarla sola, sentada al lado de la cama de un moribundo. Hubiese deseado procurarles consuelo pero solamente podría decirle que su espera sería inútil porque no pensaba volver. No, no pensaba volver, pero le temía a la niña, era tan terca como él. O más.

Sal y sombras

(Marisa Iannaccone)

Avanzada la primavera, el rito comenzaba con la preparación de las maletas y una única superstición: salir con el pie derecho. Este verano quizás se animaría a llegar hasta la colina. Sus abuelos le habían referido en su infancia leyendas de la casita azul. Fantasma, espíritus y otras historias cubrían de misterio el lugar y nadie en aquel pueblo costero osaba acercarse. La mañana en que llegamos, oscuros y amenazantes nubarrones se avecinaban. Desde la costa el tejado de la casita se recortaba entre la arboleda y una ventana abría y cerraba su postigo en ritmo acompasado. Dejé mi equipaje sobre la cama y eché a andar por el sendero que ya recorría de memoria. Mi imaginación tejía encuentros posibles y de los otros. ¿Quién habitaría la casita? Visto desde arriba, el pueblo mutaba según el tiempo: tejados de lentejuelas cuando el sol los encendía; sombra y sal si se cubría el cielo como aquella mañana. De pronto, una lejana melodía comenzó a percibirse. Me acerqué intrigada y, como de la nada, surgieron cientos de niños entonando una antigua zarzuela. Sigilosamente logré escabullirme en un pastizal a esperarlos pero a medida que se acercaban se silenciaban y ya no era posible divisar a nadie. Cuando el mutismo fue absoluto, recorrí el camino hacia la casita de la colina. Las huellas estaban intactas. Entonces recordé el relato de los abuelos: lo mejor de aquellos veraneos era esperar a los niños de la casita azul descender hasta la playa.

Con los 4 sentidos

(Emma Pérez Méndez)

Desde el diagnóstico, corroborado por tres especialistas, se zambulló en la aventura de encontrar un nuevo lugar de residencia.

Las calles plagadas de coches, infestadas de ruidos y barreras, que hasta la fecha le habían pasado inadvertidas, le alejaban irremediabilmente de la que había sido su ciudad.

Cuando le comunicó a su médico la decisión de emigrar, hacia una zona rural, éste lo consideró, dadas las circunstancias, una opción interesante.

No tenía demasiado tiempo, si pretendía ver con sus ojos, algo que en breve le sería vetado, el lugar donde pensaba pasar el resto de su vida.

Inicialmente se decantó por pequeñas poblaciones donde primaba la estética arquitectónica. Con el paso de los días cayó en la cuenta de que esos detalles poco le importarían en unos meses, un año o a lo sumo dos. Por ello se decidió a explorarlos con sus otros sentidos. Los que le quedarían después.

Al hacerlo lo encontró. Fue un flechazo en toda regla.

El edulcorado olor de la panadería invitaba hacia la plaza. El azahar de Herminia advertía de la calle principal, el sonido del machete y el cante desafinado, proveniente de la carnicería de los Ordoñez, guiaba por la calle La Fuente. En la postas el sonido de la máquina de coser de la joven y encantadora modista, le conducía hasta la que eligió como su casa. No eran únicamente sus gentes, su empedrado o el sonido del viento recorriendo las calles, era un sentimiento de pertenencia, desconocido para él hasta entonces.

Paraíso intermitente

(Claudio Moreno Rodríguez)

Eran pocos y mal avenidos, así que el alcalde cortó de raíz. Queda prohibido conjugar el verbo ser, anunció por bando, y apuntaló la norma con la pena del destierro. Las primeras semanas emplearon fórmulas alternativas para seguir definiendo y definiéndose, añadieron a sus rutinas expresiones inéditas, palabras en retirada y voces sepultadas bajo el yugo del ser. Tardaron en aflojar las bridas del lenguaje, pero el paso de los días les fue revelando que la profesora no era paciente sino que sabía escuchar, o que el tendero no era codicioso sino que cuidaba con cautela de su economía. Las madres no eran pesadas, se preocupaban de sus niños. Y sus niños no eran malos, disfrutaban de las chiquilladas. La impopular medida del regidor había ensanchado la mentalidad de sus vecinos hasta el punto de borrar las etiquetas personales, a menudos impresas en tinta indeleble. Qué primorosa felicidad, pensaron algunos, por fin un lugar en el que merece la pena morir. Sin embargo, paralelamente, otros urdieron un plan para introducir fardos de palabras perniciosas; verbos como execrar, trapazar, chasquear o zaminar encontraron acomodo en la dialéctica local y el pueblo volvió a teñirse de hostilidad. Está bien, concedió entonces el alcalde, retrocedamos al pasado. Volvamos a ser. Y de forma sutil los niños volvieron a ser malos, las madres pesadas y el pueblo un triste cementerio de expresiones a olvidar.

Paraíso

(Manuel Llongo Renat)

Se despertó sobresaltada. Le calmó el olor a pan tostado y café que entraba por la puerta. Oyó a su madre preparando el desayuno en la cocina y fue consciente de que estaba fuera de peligro; se encontraba en su habitación de soltera. Subió la persiana; desde su ventana se observaba un vergel de edificios grises y antenas sin ningún encanto. Aquel pueblo no tenía nada de especial; ni montañas al fondo, ni parques, ni jardines, ni monumentos singulares. Pero para ella, en aquel momento, era fantástico; tenía justo lo que necesitaba: vivir a más de trescientos kilómetros de él y su orden de alejamiento.

El temporal

(Santiago Paricio Font)

Aquel día, nueve de Septiembre, el informativo abrió con una terrible noticia. El temporal se había cebado con la provincia de Castellón barriando algunos pueblos costeros.

Las imágenes que acompañaban a la impertérrita voz de la presentadora no podían ser más desoladoras. Paseos inundados, árboles arrancados y playas totalmente destrozadas.

Soplé la taza de café caliente y me acerqué al televisor sin subir el volumen, tratando de oír los detalles sin despertar a mis hijas. Según decían, aquella confluencia de temporal marítimo y gota fría se daba cada medio siglo. El agua torrencial había vuelto a dibujar en el terreno sus antiguos caminos, los de siempre.

En ese momento una imagen en la pantalla detuvo mi soplo y el café pudo seguir humeando tranquilo. Era la playa, mi playa y ¡estaba destrozada! Casi no la reconocía. Plásticos y algas se amontonaban en las calles, incluso se habían movido algunas rocas de los espigones y no había ni rastro de los modernos chiringuitos. Una gata mojada deambulaba por el paseo mientras la reportera luchaba con el viento a ver quién se quedaba con el paraguas. Cerré los ojos y el olor a café dio paso al del Cola-Cao. El desayuno de esos días en los que veíamos emerger el Sol en el horizonte desde la terraza. La gata volvió a pasar por delante de la cámara acompañada de un diminuto y empapado cachorro. Entendí entonces, que aquel temporal devolvería a los niños de ahora la playa que yo disfruté de pequeño.

Espacios líquidos

(Diana Baidal Morell)

Conocías el minuto exacto de las campanadas, cada libro dormido en la biblioteca y sus respectivos saltos de página. Subías y bajabas las escaleras con el desdén de los vivos y en los bajos fondos, escondías los secretos. Contabas siempre los pasos que te llevaban hasta la plaza. Ni un paso más, ni uno menos. Te gustaba visitarla en el café al mediodía, con discreción. Sus anchoas en aceite y sus frituras te sobrecogían las entrañas en el único suspiro que te quedaba. La gente, se rendía paciente ante sus dotes culinarias y tu creías que lo único valioso de este rincón de la geografía española eran sus andares y su pasión lectora. Escribía relatos a escondidas tras la barra y cada café que se tomaba en ese lugar era una elegía a la belleza absoluta de lo cotidiano. Una corriente de todo menos absurda. Su lengua pronunciaba versos en silencio, sobrecogidos por la emoción del saber vivir despacio. Al caer la noche, un nido de pájaros alentaban un pasaje de aguas turbulentas donde, en la soledad de la costa en invierno, poemas malditos encogían las olas con el viento a favor. Sigilosamente serpenteaban cada línea de la playa y se llevaron con ellas a la camarera que preparaba las mejores anchoas del mundo.

Rock Star

(Armando Aravena Arellano)

Su pelo que tanto le agradaba a ella mirar, cuando en medio de una canción se le venía hacia delante, cubriéndole casi totalmente la cara, su guitarra apretada por el mástil, cruzándole el cuerpo por delante, como un verdadero soldado galáctico de la canción. No había ninguna duda; era él. El tiempo transcurrido se hizo breve y escurridizo.

Dijo siempre que triunfaría, gracias a su privilegiado buen oído musical, además de sus desafiantemente absurdos textos, recordó entonces la joven. Y allí estaba derramando su canto, en medio de las gentes, las luces de los vehículos, vertiginosas iluminándole el rostro.

- Dijo que triunfaría – repitió con alegre tristeza, molesta por no poder seguir mirándolo porque el semáforo la obligó a mover su auto de aquella concurrida esquina en medio del centro del pueblo, en la que él ofrecía su concierto callejero.

De vuelta

(Ignacio Calle Albert)

Las aguas del río bajan tranquilas cuando llega el crepúsculo. El otoño ha llegado frío y generoso en lluvias. El valle agoniza sus últimos resquicios de calor y el pueblo, entre calles empedradas y soportales de madera, escucha los quejidos previos a un duro invierno. Las fiestas de septiembre quedaron atrás, demasiado atrás, y los visitantes, venidos del norte, ya dejaron gastos y lugares vacíos.

Se respira limpio esta noche. Paso por delante de las escuelas, las que un día me vieron aprender, y busco con la mirada el rincón en el que jugaba de chico al gua. Siento el olor a chimenea y a calbotes. Todo está en silencio. Algún perro en lontananza ladra un aviso. Pronto la niebla de la mañana llegará cargada de perfumes de helecho y piorno, y las reuniones de vecinos, matanceros y amigos, ofrecerán viandas únicas a sus más allegados.

El viento sisea entre las estribaciones de la angostura. Los cerezos, vacíos, esperan impacientes a la floración de mayo, que teñirá de blanco los bancales.

Se oyen las campanas de la iglesia. Es hora de volver a casa. Antes de dormir, desde mi atalaya, leo un libro, mirando de soslayo por la ventana. Un manto de estrellas inunda el cielo. Están todas las constelaciones conocidas por el hombre.

Es mi pueblo, al que hace muchos años dejé por buscar un anhelo encontrado.

Regreso de vez en cuando para encontrarme con mi pasado y saber que sigue ahí, siempre.

Sentía la necesidad de huir

(Andrea Pérez Fernández)

Sentía la necesidad de huir.

Salir corriendo, con lo puesto y sin dar explicaciones a nadie. Y así lo hice.

A la mañana siguiente, emprendí mi camino hacia un paradero desconocido, que me acabó llevando a un pueblo fantástico: Un lugar para perderse.

Allí su calidez y tranquilidad invadían mi cuerpo. Recorrí cada esquina del mismo, sin brújulas ni mapas. No quise irme nunca de allí, pues no solo me topé con lugares mágicos y vistas increíbles, sino que pude encontrarme a mí misma, recorriendo aquellas calles con la ilusión que un día perdí.

Problemas

(Roberto Sánchez Moreno)

Es posible que la nieve llegue a cerrar la carretera antes de que la máquina quitanieves suba al pueblo. Será un buen momento para no intentar huir. Disfrutar de nuestros conflictos. Tostarlos ante un buen fuego y verlos arder por unos instantes tan irreales como nosotros mismos. Fuera, el ruido del tractor nos despierta. Menos mal todavía están aquí. Nos miran a los ojos. Joder los cerraré. Son míos.

El pueblo

(Roberto Sánchez Moreno)

En ese año casi había sucedido todo lo que se esperaba de él. Sólo que yo no estaría para verlo. La frialdad de las calles desapareció con las luces. Sacaron a la virgen de la cueva. Los gallos dejaron de madrugar y Venancia aquel día no ordeñó a su oveja. Estaba muerta. Sabía que igual no la vería. De hecho, me lo perdí. Ese año casi no sucedió nada de lo que tenía que pasar. Yo no estuve. Dicen que fue un año muy frío. Él me lo contó.

Un pueblo fantástico

(Roberto Sánchez Moreno)

No todas las calles llevan al centro. La vida, en un ir y venir de la hojarasca, se refugia en los rincones más improvisados. El silencio se regatea hasta llegar al Casino. El frío se puede peinar. Hoy es día de lotería. Los duros garbanzos se cuelan por entre los viejos y arrugados dedos de los ancianos. La rota voz de Alba sueña con cantar. Más allá los lobos se adueñan de la melodía del atardecer. Crispación. Monotonía. Las caras son el paso de temporales internos, de delicadas escenas de juventud. Suspiros. El fantasma aún no ha llegado. Pronto cantarán Bingo.

El fenómeno

(Diego Rinoski)

Lo que ocurre en nuestro pueblo no se puede explicar con palabras. Y mira que ha venido gente de fuera a estudiar el fenómeno. Por venir, vinieron hasta de América. Pero al final nada; se echaron las manos a la cabeza y no les quedó otra que marcharse con sus camiones, sus batas blancas y ese acento tan raro. La verdad es que estábamos deseando que se fueran. Porque nosotros, los del pueblo, tampoco nos explicamos cómo puede suceder lo que sucede, y sin embargo no le damos tantas vueltas. Sabemos, eso sí, que los hombres lo vemos en multicolor y las mujeres en blanco y negro; aunque ellas lo perciben de una manera más espiritual porque dicen que les vienen a la cabeza recuerdos que ya tenían olvidados. Además, sea cual sea la razón por la que ocurre, nosotros vamos a seguir como siempre: poco antes del anochecer, subiremos hasta lo alto de la loma cargados con mantas, porque es entonces, con el sol a punto de esconderse detrás de la sierra, cuando los hombres empezamos a ver los colores y las mujeres a recordar en blanco y negro; luego nos quedaremos allí un buen rato, hasta que nos cansemos de admirar el fenómeno y volvamos al pueblo, como cada noche, alumbrados por la luz de las linternas mientras hablamos de lo que vamos a cenar o de qué película echarán por la tele o de si lloverá el fin de semana.

Nosotros, los del pueblo

(Diego Rinoski)

En nuestro pueblo la mayoría de las casas amenazan con derrumbarse. A muchas les falta el tejado y de sus paredes se desprenden grandes cascarones de yeso que caen al suelo sin previo aviso, en un estruendo sordo amortiguado por la maleza que cubre las calles. En nuestro pueblo reina un silencio que solo se rompe con el graznido de los cuervos o el chasquido de alguna viga que no aguanta más y acaba cediendo. Hace años se lo llevaron todo en unos camiones verdes: muebles, colchones, utensilios de cocina, mantas, todo menos las cucarachas y los huesos de los perros que habían muerto de hambre. También nos dejaron los escombros entre los que corretean las ratas porque ya no tienen de quien esconderse. En nuestro pueblo no hay luz eléctrica, ni agua corriente, y las telarañas cubren los rincones como si fueran sábanas que cuelgan del techo. A veces viene gente de fuera y se pasea por nuestras calles. Suelen llevar cámaras colgadas del cuello y, al cabo de un rato, después de sacar unas cuantas fotos, se van diciendo que nunca habían visto un pueblo abandonado. Pero lo cierto, es que se equivocan.

Nosotros, los del pueblo, seguimos viviendo aquí. Y por ahora, no pensamos marcharnos.

Nuestro pueblo es el mejor del mundo

(Diego Rinoski)

Y eso que en invierno la nieve nos deja atrapados dentro de las casas y tenemos que vivir como antaño y calentar el agua con un cazo para lavarnos por partes. A veces, algunos mueren del frío y nos los encontramos en primavera, tiesos y sonrientes, acurrucados en sus camas. Sin embargo, en verano, el calor es sofocante y hasta que no se esconde el sol, no podemos ni pisar la calle. La mayoría vamos al bar, que está en la plaza, aunque cierra los meses de julio y agosto porque el dueño, que se llama Donato, se va de vacaciones a Calpe. Nadie sabe qué se le ha perdido en Calpe, pero no lo vamos a matar por eso, bastantes se matan ya en la carretera. Cada semana hay dos o tres accidentes por culpa de los socavones. En la curva que da al barranco se han despeñado ya más de media docena. Muchos se acercan hasta allí para asomarse al precipicio, o para dejar flores al lado de las cruces que hay clavadas en la cuneta. La sobrina del cura aprovechó para montar un tenderete en el arcén donde vende escapularios y estampitas. Pero vamos, que quitando el frío glacial, el calor estepario, las vacaciones de Donato, la curva de las cruces, la sobrina del cura y el maldito reloj del ayuntamiento (que marca las horas a base de campanadas), sin lugar a duda, nuestro pueblo, es el mejor del mundo.

Empezar de nuevo

(Eduardo Ramiro Serrano)

Y llegas porque sí. Comienza todo con un efímero destello de luz que es la sonrisa de un desconocido. Decide, con afecto, invocar el bello augurio de los buenos días. Así inicias el día en este nuevo puerto donde tu barca de la esperanza ha querido atracar.

Sales del hotel, el amigo que siempre te acoge sin conocerte. Caminas bañado por el cálido abrazo de un sol paternal. Respiras emoción al sentir que los inocentes niños ríen, mientras juegan con la arena. Que las personas conversan unidas por fuertes lazos. Que no estás solo allí.

Tus frágiles pies, que han resistido sendas empedradas y asfaltadas con invisibles demonios, llegan aliviados al que quieren sea su sitio.

Sentado en la dubitante sombra del paseo contemplas la mejor obra de arte vista jamás a ritmo del vals que tocan las palmeras. La dulce brisa te ofrenda murmullos que evocan sosiegos de otros en tu mismo lugar. El alivio infla tus pulmones, mientras ves pasar el fulgor del gentío. La arena se convierte en eco. Y puedes ver con tus ojos cerrados que estás vivo. El mar de la conciencia te susurra cálidas palabras de amor que calman los sollozos de alma. Te despojas de tu lastre. Corres riendo y llorando hacia el mar que no tiene memoria. Renaces de entre las aguas saludando a maravillosas villas y montañas que te sonríen. Y aceptas la seductora petición del gentil horizonte para quedarte. Allí donde, una y mil veces, podrías empezar de nuevo.

Un pueblo en la memoria

(Concha Mora Olmedo)

UN PUEBLO DE LA MEMORIA

NIFE

Siempre tendré en la memoria los días infantiles transcurridos sin apenas sobresaltos en aquella vetusta casa de ese pueblo serrano. Nosotros, los niños, éramos enviados a la calle a primera hora de la mañana para que no estuviéramos estorbando en las tareas de los mayores.

En esos días de caluroso estío acudía con mis amigos muchas veces a bañarnos al río y nos divertíamos haciéndonos aguadillas bajo el añoso puente de piedra. La fragancia de aquellos días dichosos se ha conservado en mi recuerdo: el olor a ropa mojada, recién lavada en el río y tendida al sol sobre la hierba; el aroma del pan recién hecho o aquel otro de la pila con su mezcla de lejía y jabón de sosa.

Seguramente mis amigos de aquel entonces se hayan acordado también alguna vez de aquellos días de nuestra despreocupada infancia, que discurría tranquila entre las callejas de aquel pueblo serrano entre los montes, pueblo que ya no es el mismo, ni por la distancia en el tiempo, ni por su apariencia actual. Ya no se ven niños correr por las calles, ni a ancianos tomando el sol en animada tertulia en las plazas, ni pasan hortelanos voceando su mercancía asentada en las alforjas de algún burrito. Esos acontecimientos quedan sólo en la memoria de algunos y pronto únicamente quedarán en los libros, como la cadencia de aquellos días entre las callejas de aquel pueblo serrano.

La Dirección del Hotel

Resulta difícil explicar la situación que nos embarga, si en la primera convocatoria de nuestro Concurso de Microrrelatos utilizábamos adjetivos como "sorprendidos", "superados", "atónitos"; en esta nuestra segunda convocatoria todavía es más complicado encontrar los adecuados, tal vez "(...) no, lo siguiente". Pero lo que sí que está claro es que continuamos ilusionados y muy agradecidos.

Nuestro concurso de microrrelatos, como saben quiénes nos siguen a través de nuestra Web o de las redes sociales, nació con el fin de fomentar la creatividad literaria, fortalecida ahora más que nunca tras el éxito de nuestras convocatorias.

Seguimos impulsando otras actividades creativas y culturales, para sorpresa y asombro de muchos de nuestros Clientes. Sin ir más lejos, estamos preparando para este verano alguna Jam Session de literatura, además de ofrecer algunos conciertos un poco diferentes a lo que es habitual en un Hotel de Playa. Quizá sea por ello por lo que, la gente que nos conoce, nuestros clientes y amigos, nos continúa definiendo como "un hotel atípico" puesto que, siendo un Hotel familiar, de Playa, en Benicàssim, nuestra filosofía resulte un tanto discordante para establecimientos de nuestras características. Y quizá tengan razón y lo seamos.

Pero todas estas iniciativas no llegarían a buen puerto sin la colaboración de grandes escritores y buenos amigos. Nuestro agradecimiento, una vez más, a escritores como Elena Casero, Raúl Ariza y Mariano Zurdo, y también a la magnífica editorial madrileña Talentura Libros, quienes están siempre a nuestro lado, apoyándonos, y en quienes ha recaído la difícil tarea de lidiar con los 366 trabajos recibidos, para seleccionar de entre todos ellos tanto a los premiados, como este puñado de excelentes microrrelatos que conforman la publicación que hoy ve la luz.

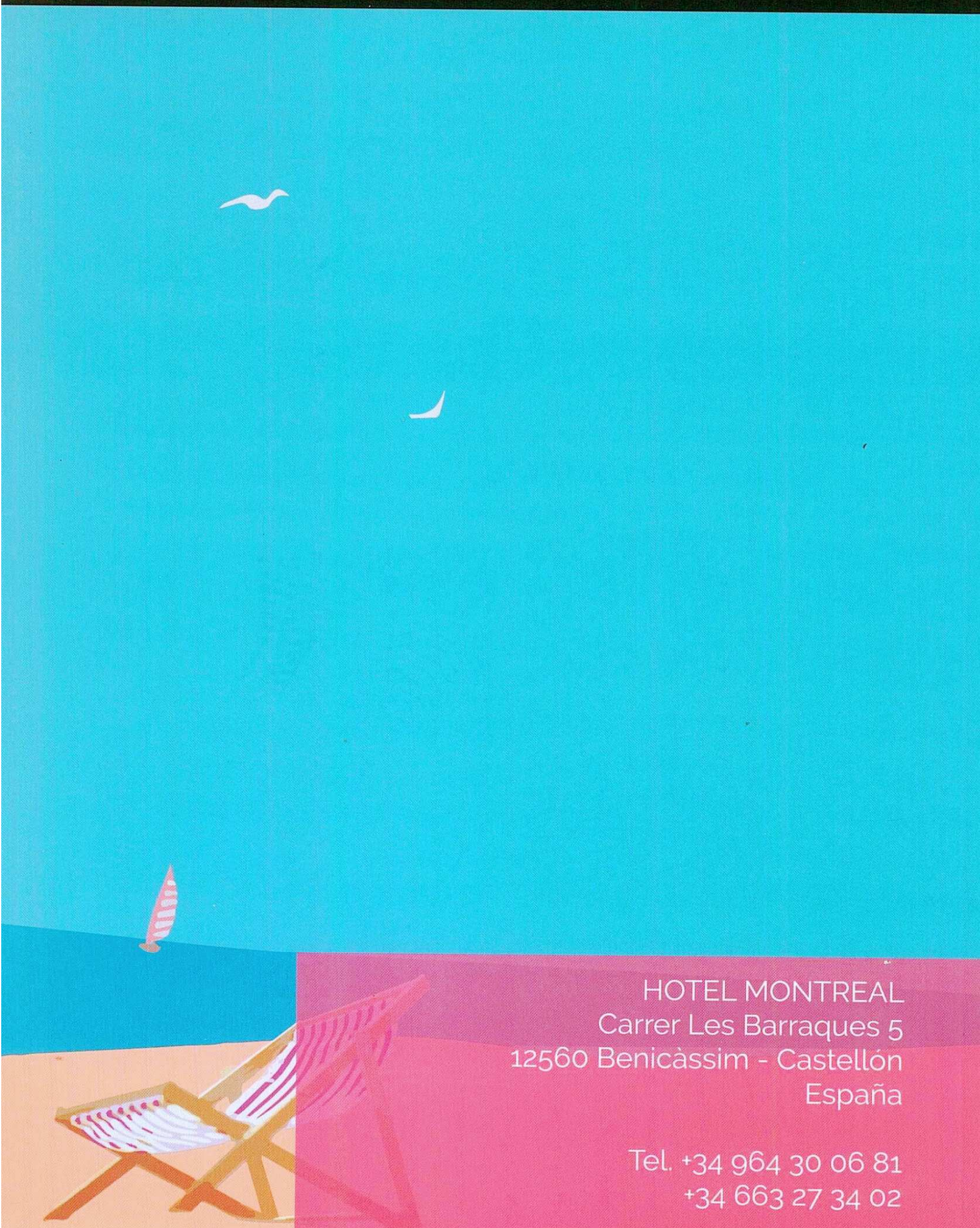
Nuestro agradecimiento a todos los participantes que han tenido la ilusión y la osadía –por lo atípico del convocante- de enviarnos sus trabajos. Deseamos que sigan participando con nosotros en próximas ediciones.

Nuestro agradecimiento también a Bodegas Carmelitano y a Turismo Benicàssim por respaldar y colaborar con nuestra iniciativa.

Disfruten de lo escrito.

Francisco Socarrades
Director

<http://www.hotelmontreal.es>



HOTEL MONTREAL
Carrer Les Barraques 5
12560 Benicàssim - Castellón
España

Tel. +34 964 30 06 81
+34 663 27 34 02